

LA LLAVE DEL ALQUIMISTA

Cristina Brambilla

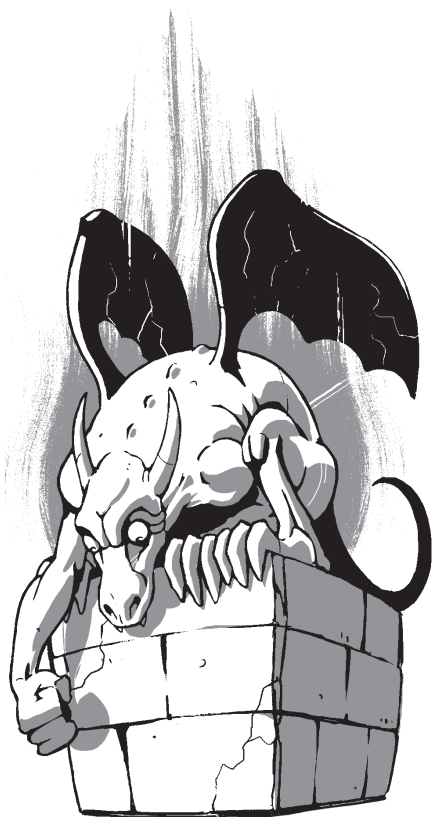
Ilustraciones de Michele Boscagli

Traducción del italiano de
Sara Cano Fernández



Siruela Las Tres Edades

LA LLAVE DEL ALQUIMISTA



*Al Barracuda, que transforma el plomo en oro,
y a los inventores del símbolo mágico.*

Primera parte



Mudanza sobre el agua



Los hombres cargaron la última caja de cartón en el camión. La chica asomó la nariz por la ventana para observar en silencio a su padre, alto y delgado, que aplaudía satisfecho. Aparte de la pecera de cristal de *Gustavo*, no se había roto nada importante. *Gustavo* tendría que hacer el viaje en tren dentro de una bolsa de plástico, pero su padre le había pedido que tuviera paciencia. Cualquier cosa era mejor que la alternativa, un viaje solo de ida al estanque del parque público, y mucho menos ahora que se acercaba el invierno. La chica dejó que su padre firmara el cheque para los hombres de la mudanza y fue a dar una última vuelta por la que había sido su casa durante trece años. Le pareció enorme, horrible, con las siluetas de los cuadros marcadas en la pared, las telarañas colgando del techo y enormes pelusas de polvo detrás de todas las puertas. Le pareció el lugar más feo del mundo y, aun así, ya lo echaba de menos.

Pensó que incluso *Gustavo*, encerrado en su bolsita de plástico, tenía aspecto infeliz. Después recogió del suelo la maleta de piel que contenía todas sus cosas y pensó que era terriblemente injusto que su padre hubiera ven-

dido *su* casa para mudarse a «la ciudad más hermosa del mundo», y lo odió con todas sus fuerzas.

Cuando llegaron, llovía. La chica había ido de excursión a Venecia con el colegio cuando tenía ocho años y, entonces, también llovía. Volvió a ir con su madre dos años después y llovía. Aquel día, la laguna era del mismo color que el cielo y la lluvia caía sin cesar, dejándolo todo uniformemente acuoso. Los edificios que había al otro lado del canal parecían estar deshaciéndose, como si fueran hojas de papel. Quizá no exista una buena época para mudarse. En primavera hace viento, en verano calor, en otoño llueve y en invierno el abrigo siempre está en la última caja, debajo de montañas de muebles. Sin embargo, mudarse a Venecia en otoño es como retar al Zorro a duelo con una mano atada a la espalda. ¿Por qué le hacía aquello su padre? «Porque es malo», se respondió la chica. Aquello fue lo único que se le ocurrió para explicarlo.

—¡Lucilla! ¿Qué haces ahí plantada con ese estúpido pez en la mano? No tenemos todo el día. Coge tu maleta y date prisa.

Lucilla pensó con envidia en la diosa Kali. Ella tenía ocho brazos y ningún problema para cargar con la bolsita de *Gustavo*, la maleta y el paraguas a la vez. De hecho, le habrían sobrado cinco para hacerle un corte de mangas a su padre. Afortunadamente, una mujer la protegió con su paraguas y así Lucilla pudo llegar a la parada del transbordador empapándose solo a medias. Si se hubiera parado un segundo a pensar, habría sostenido la bolsa del pez bajo la lluvia y la maleta bajo el paraguas, pero estaba demasiado enfadada para pensar. Una marabunta de turistas la arrastró hasta el transbordador mientras su padre, vestido completamente de negro, se sentaba lejos de las salpicaduras de agua y abría un mapa de la ciudad.

En ese momento, una barcaza pasó por delante de ellos, haciendo sonar la sirena. El padre alzó la vista, después buscó a su hija con la mirada y sonrió.

–Mira, Lucilla. Ahí va nuestro hogar.

En medio de los electrodomésticos desperdigados por la superficie de la barcaza, cubiertos de mala manera con una funda de plástico, estaban todos sus muebles. En Venecia, hasta las mudanzas se hacen en barca, lo que puede resultar incluso divertido. Depende del humor y de la seguridad con la que los muebles hayan sido colocados en la embarcación. A nadie le parece divertido rescatar su armario del fondo de un canal. De repente, una ráfaga de viento levantó un faldón de la funda, dejando al descubierto el marco del retrato de su madre. A Giulio Moneta se le ensombreció el rostro y volvió la cabeza para no tener que mirar.

¡**B**iva! ¡Aleluya! ¡Volvemos a casa! No soportaba más aquel asco de sótano lleno de alambiques. He pasado días enteros con las alas pegadas a la espalda por miedo a tirar alguno al suelo. Siempre con ese desastre de alquimista dispuesto a darme una colleja en los cuernos al primer despiste.

Recibí la noticia una tarde calurosa y ventosa de septiembre. No es que el clima cambie las cosas pero, por experiencia personal, sé que los humanos están de mejor humor cuando hace buen tiempo. Las parejas pasean agarradas de la mano, las faldas tienen más vuelo y las bicicletas corren como flechas frente a la fachada de la catedral, provocando accidentes desternillantes. Lo malo es que yo estaba encerrado en el fétido sótano, intentando no pisar las estrellas de cinco puntas dibujadas en el suelo ni los excrementos de ratón, en lugar de disfrutar de aquella deliciosa noche otoñal. Mientras limpiaba por enésima vez los recipientes con la escobilla, un chirrido sospechoso me distrajo y se me resbaló de las garras un destilador de esencias. ¡*Crac!* Cerré los ojos, esperando una escenita de mi socio, avaro como solo pueden serlo

los alquimistas. En cambio, para mi sorpresa, levantó la vista del tratado de anatomía demoníaca que fingía estar estudiando y me dedicó una mirada distraída.

–Una cosa menos que empaquetar. Eres un inútil.

–¿Perdone? –siseé, fingiendo desinterés.

Aquella críptica frase podía significar que estábamos a punto de terminar con una ininterrumpida serie de fracasos. ¿Querría aquel desgraciado abandonar ya la partida?

–Has entendido bien. Nos vamos de aquí. Milán ya no tiene nada que ofrecerme. Lo tengo todo preparado: la semana que viene estaremos en Venecia. He decidido cambiar de estrategia, pero ¿por qué te lo estoy contando? Total, a ti te da igual un sitio que otro...

¿Podría haberme tocado un socio más estúpido que este? Por supuesto que no. Si fuera un tipo con suerte, no me habría encontrado nunca en aquella situación. Pero, finalmente... ¡había terminado! O casi. El mago estaba decidido a mudarse a Venecia y resolver el asunto como habían hecho muchos otros antes que él: robando. Yo lo intuía desde hacía tiempo: nunca estaría capacitado para obtener ni siquiera un minúsculo fragmento de piedra filosofal, aunque hubiera estudiado hasta que se le consumieran los ojos. Y no digamos de producir un talismán digno de ese nombre. Por eso, por fin, había decidido apropiarse del esfuerzo de algún otro. O, para ser más exactos, de Algún Otro, dado que se trataba de los estudios del rey Salomón, el más grande entre los grandes. Yo sabía perfectamente que no iba a ser fácil, pero investigar en Venecia sería, sin duda, mucho más agradable que quedarse a cazar palomas en la cúpula de la catedral por la noche y a preparar pociones explosivas durante el día. ¡Oh, qué felicidad! La esencia me hormigueaba de placer al pensar en volver a casa.

Sin embargo, no había nada más alejado de mis intenciones que darle una satisfacción al mago.

–En efecto, parece un cambio positivo –fue mi único comentario mientras me inclinaba a recoger los fragmentos de cristal con la escoba de sorgo.

–Mmm... –refunfuñó el mago, estudiándome con ojos inquisitivos–. Tienes siete días para colocar todo el instrumental en los baúles que llegarán mañana. No te voy a pedir que los cargues tú porque, conociéndote, seguro que tardarías un siglo.

–¿Ha invocado a un *jinn*? Es muy arriesgado. Tienen las manos muy largas.

–Agentes de mudanzas. Una compañía distinta de la que transportará los muebles de la casa. Gente que no hace preguntas. No quiero correr el riesgo de que alguno de tus congéneres haga desaparecer un libro o un amuleto.

La sola idea de que aquel viejo chocho, incapaz de distinguir el elixir de la vida eterna del Vicks Vaporub, me confundiese con un *jinn* hizo que se me estremecieran todas las moléculas. Pero mantuve la boca cerrada (algo que, para las gárgolas, es un ejercicio difícilísimo). Hizo falta una desgracia para convencer al muy zoquete de que moviera el trasero; me imagino que ver a su mujer conectada a todos aquellos tubos no contribuyó a levantarle la moral, precisamente. Bueno, mira, peor para él. Se lo había buscado. Me preguntaba cómo se lo habría tomado la chica, pero la curiosidad duró poco. Tenía un montón de cosas que hacer y no me quedaba ninguna duda de que el mago se iba a entrometer en absolutamente todas.

–¡Cuidado con eso, es muy antiguo! ¡Eso ponlo encima, que es frágil! ¡Los libros lejos de las cerillas! ¡Las mechas junto a los alambiques!

Siete días de suplicio. Pero como hasta las noches más largas tienen doce horas y mi socio, aunque fuera poco, de vez en cuando debía dormir, por fin llegó el momento de la partida.

Organicé un pequeño banquete privado de despedida en un lugar en penumbra, bajo las agujas de la catedral. No tenía mucho tiempo: si no me decidía a emprender el vuelo, me tocaría viajar por la autopista entre Milán y Venecia sobre el remolque de un camión. No debería haber bebido aquel vino espumoso con el estómago vacío. La cabeza me daba vueltas y la estatua del tipo a caballo con la espada, que normalmente se portaba bien y se quedaba quietecita en el centro de la plaza, parecía flotar en la niebla.

–Cerrad el pico, no me vais a convencer. Quedaos vosotras a vigilar estas cuatro agujas –mascullé en dirección a las otras gárgolas–. ¡Yo me voy a la Serenísima, a la Ilustrísima, a la Humedísima!

Con la mente nublada por la emoción del viaje, propiné un codazo poco camaradesco a mi vecino. Se escuchó un ruido sordo, después un silbido y un golpe lejano.

–Uy. Disculpa, amigo, lo siento mucho por tu pico –balbuceé.

Debajo de mí, un barrendero maldecía en dialecto milanés a todos los santos del cielo. De acuerdo, había llegado la hora de ponerse en marcha. Trepé hasta la aguja más cercana y desplegué las alas. Estiré los brazos como si quisiera atrapar el viento con las garras. Flexioné las rodillas, sintiendo cómo la tensión me recorría las patas desde las corvas hasta la grupa. Los espolones de las patas inferiores arañaron el mármol, dejando mi firma sobre el tejado de la catedral de Milán, aquella catedral de la que, por aquel entonces, conocía cada recoveco, cada sombra. Un segundo después, estaba volando. Por un momento me sentí feliz. Era poderoso y audaz. Realmente feroz y terrorífico. Después, volví la cabeza y me vi reflejado en las ventanas que había frente a mí. Aquellos cuernos penosos, las orejas desproporcionadas, la boca eternamente abierta bajo el hocico chato. Y la joroba, coronada por una fila de vértebras que sobresalían de

la piel. Vi una gárgola, una monstruosa criatura de piedra. Terrorífica, sí. Feroz, puede. Pero, sin lugar a dudas, monstruosa. Tensé la cola para estabilizar la trayectoria, maldije el día y al hombre que me habían reducido a aquel estado y puse rumbo al este, hacia la esperanza.

—**Ya** hemos llegado. La casa está justo en el centro del viejo gueto judío.

«Qué alegría», pensó Lucilla. Desde que salieron de Milán, no había abierto la boca ni una sola vez y su padre no parecía haberse dado cuenta. Era un barrio de edificios altos y estrechos que parecía imposible que aún se mantuvieran en pie. En las escaleras se percibía un olor a pis rancio que hizo que se le saltaran las lágrimas.

Su padre inspiró a pleno pulmón y, con una mirada febril, añadió:

—¿Lo notas? ¿Lo notas? ¡Este aire está cargado de energía!

Para que se quedara tranquilo, Lucilla dijo:

—Sí. —Y se resignó a seguir al padre por una escalera muy estrecha.

Subieron cinco tramos de escaleras y tuvieron la sensación de que, en los cinco rellanos, las mirillas se abrían y se cerraban a su paso sin hacer ningún ruido. Su padre rebuscó en sus bolsillos y sacó de ellos una larga llave de hierro oxidado. Por primera vez en meses, Lucilla sintió un pinchazo en el costado. La cerradura cedió sin demasiado esfuerzo y la puerta se abrió de golpe, dando paso a un apartamento de techos altos, con un suelo de azulejos en mosaico y estructuras de madera astillada. Un olor a moho y sudor mezclado con detergente abofeteó a Lucilla. Aquella casa no olía a casa. «Faltaría más», reflexionó, y ni siquiera tuvo que pensar en su madre para revivir su recuerdo. Los hombres de la mudanza trasladaban el contenido de las cajas al interior de los muebles ya

montados, apartaban los que aún quedaban por montar y maldecían en un dialecto oscuro, de cadencia poco amigable.

–Vamos, Lucilla, deja el pez en el lavabo y vamos a comer algo. Tienes que estar muerta de hambre –dijo su padre.

Después se volvió hacia el porteador con la barriga más prominente y le preguntó dónde podían comer cerca de allí. Que no fuera un sitio turístico, especificó, guiñándole un ojo como si, a pesar de no haber deshecho el equipaje, ya sintiera que formaba parte de la ciudad. Lucilla fue a buscar el baño y, mientras el agua llenaba el lavabo y *Gustavo* conseguía, por fin, desentumecer las espinas, echó una miradita por la ventana. Más allá de la cortina de lluvia solo vio tejados, chimeneas, cornisas alambicadas y trozos de estatuas. Se quedó mirando hasta que se hartó. En lo único que pensaba era en el retrato de su madre, en qué fin tendría cuando su padre le pusiera las manos encima. Desaparecería, probablemente. No como habían desaparecido sus joyas y su ropa. Pero desaparecería, de eso estaba segura.

Saltaban pocas horas para volver a reencontrarme con mi Amada cuando me paré para hacer un descanso en una estación de ferrocarril que había más o menos a mitad de camino. Había recorrido kilómetros a vuelo sobre la autopista (cuando no hay niebla, es mucho más sencillo que seguir las corrientes de energía), lo que suponía demasiado ejercicio para un jovencuelo de mi edad.

Estaba harto de hacer tanto esfuerzo, así que, silbando alegremente, esperé a que apareciera un tren directo y me subí a él. (Las gárgolas somos grandes silbadoras: debido a nuestra configuración morfológica, en teoría, deberíamos limitarnos a ahuyentar a los demonios con nuestra terrorífica apariencia y mantenerlos alejados de las igle-

sias. Pero algún arquitecto ingenioso debió de pensar: «Oye, ya que estamos, ¿por qué no las usamos también para canalizar el agua de lluvia? ¡Serían unos canalones de lo más original!». Y así se explica por qué tenemos siempre la boca abierta. Supongo que no hace falta decir lo muchísimo que nos gustan estos gargarismos. Sobre todo si no llueve durante semanas y las palomas han dejado en los tejados algún recuerdo.)

Siempre me había gustado encaramarme a los vagones en marcha, y más de noche, cuando uno se puede acucillar sobre el techo del tren sin que nadie se dé cuenta de que una tonelada de granito viaja de gorra. El problema es que estos trenes modernos corren a una velocidad demencial, ululando como posesos en los pasos a nivel. La siestecita que tenía en mente se esfumó. Para mantenerme a bordo tenía que incrustar las garras en la chapa del vagón, provocando unos chirridos que daban dentera. Por eso, cuando llegamos a la primera estación, decidí despegar de nuevo. Tenía ganas de estirar las alas y, la verdad, estaba harto de que las bolsas de basura y las hojas de periódico me dieran en la cara.

Lo cierto es que aquello fue una pequeña imprudencia. Era una estación minúscula, sumergida en el más absoluto silencio. La locomotora debía de tener problemas, de lo contrario no se habría parado en aquel lugar dejado de la mano de Dios. Eran el momento y el lugar perfectos para pirarme. Me enderecé, estirando los brazos y las piernas. Me masajé las patas. ¡Maldición! La empresa de mantenerme aferrado al tren me había desgastado las garras. Así que me dispuse a afilármelas contra un perno. Concentrado como estaba en mi pedicura, no vi llegar al ferroviario. Aunque, de repente, escuché una especie de suspiro, casi un gemido. Nuestras miradas se cruzaron un momento. La mía era impasible; la suya, consternada, apenas capaz de procesar la escena que estaba presenciando: una estatua con las alas de un

enorme murciélago, joroba y una larguísima cola estaba haciéndose las uñas en el techo de su tren. Su cigarrillo se sostuvo durante un segundo sobre el labio inferior; después, el tipo puso los ojos en blanco y cayó al suelo cuan largo era. ¿Acaso es culpa mía el aspecto que tengo? No, no y no. Y, mira, quizá tuviera problemas de corazón desde hacía años sin saberlo y, ahora, gracias a mí, lo sabía. Una ventaja. Seguro que ahora dejaba de fumar y empezaba a hacer deporte para evitar un segundo infarto. Ignorando los quejidos del pobre diablo, me estiré con todo mi poder y malevolencia. Mientras el hombre pedía ayuda, yo aproveché una corriente ascendente para reemprender el vuelo.

Debería haber aprovechado mejor la excepcional ocasión de conocer mundo que mi inadecuado socio me había concedido. Los magos tienden a obsesionarse con su trabajo, conscientes de que, como máximo, tienen unos setenta años para descubrir la piedra filosofal. Siempre que una explosión no los mate antes.

Estaba pensando en todas las cosas que podría hacer en cuanto aterrizara cuando avisté aquel delicioso campanario. Era un convento modesto, pero armonioso y de aspecto tranquilo. Aparte de las fábricas, los almacenes y los espantos urbanísticos, poco más había visto en el camino entre Milán y Venecia. Hace tiempo que los humanos dejaron de construir cosas interesantes para dedicarse solo a asuntos que les resultan rentables. Cuando fui con mi socio a Praga..., ¡allí sí que vi cosas grandiosas! Castillos iluminados por la luz rosada del alba, acogedores campanarios con cubierta en forma de cebolla, bandadas de ruidosas cornejas alpinas (correosas, pero con un sabor ahumado debido a su costumbre de reposar sobre las chimeneas que no estaba nada mal).

Aparte del aterrizaje de emergencia por un principio de congelación en las alas (por pecar de vanidoso y querer volar a altas cotas en pleno febrero), aquel viaje a la

República Checa fue realmente magnífico. Además, Praga conserva una enorme tradición mágica. Algunas cosas nunca desaparecen del todo, solo se ocultan. A los magos, en efecto, eso se les da estupendamente. La situación les gustaba más cuando eran amados, temidos y venerados, claro, pero eso no sucede desde la época de los faraones. Y la verdad es que se lo han ganado a pulso.

Aterricé en el campanario. Estaba plagado de nidos y aproveché para tomarme un tentempié.

En ese momento, un guardia nocturno apoyó la bicicleta contra la pared del claustro y alzó la vista en dirección a mí, que estaba cómodamente sentado con un plumífero amigo entre los dientes. Por un segundo temí que me hubiera visto y que se pusiera a gritar como un poseído, obligándome a una huida apresurada. Pero no, el hombre estaba mirando la luna. Acababa de conocer a un romántico. Aquel era uno de los aspectos humanos que me gustaban. Lo malo era que, para que no me descubriera, tendría que mantener la postura un buen rato: el guardia se había bajado del sillín para sacarse del bolsillo un cuaderno. Mal comienzo. La Serenísimas me esperaba y yo me veía obligado a quedarme allí, con un muslo de paloma colgando de las fauces, a esperar a que al poeta le llegase la inspiración.

Así, mientras intentaba ingerir mi merienda sin que el crujido de los huesos preocupase al joven (nadie con un sano sentido del ridículo debería escribirle versos a la luna, a no ser que esté enamorado; a los enamorados se les perdonan un montón de ridiculeces), pensé con impaciencia en el momento en el que las cosas retomarían su cauce y en todos los que (ferroviarios de corazón débil incluidos) volverían a mirarme con temor en lugar de con espanto. Porque son dos cosas muy diferentes. Decidí que había llegado el momento de hacerme un pequeño cambio de *look*.